

capacidad del autor. Consta de dos partes: en la primera se estudia el problema de la limitación del riesgo en general y se expone la organización de las sociedades de responsabilidad limitada en el extranjero. En la segunda se hace el estudio de la ley cubana correspondiente.

● Homero Serís de la Torre. *El Arte de Manejar los Libros*. Publicaciones de la Biblioteca Municipal de La Habana. 1937.

El renombrado bibliógrafo español visitó La Habana en enero del presente año y en la Institución Hispano-Cubana de Cultura sustentó la conferencia que se recoge en este opúsculo, con una nota preliminar de Fermín Peraza y Sarausa. El señor Serís disertó con autoridad acerca de las reglas y normas requeridas para "el arte, y a veces ciencia, de manejar los libros, es decir, de escogerlos, cuidarlos, ordenarlos, clasificarlos, catalogarlos, disponerlos, en una palabra, de la mejor manera para ser leídos, estudiados y utilizados".

● Carlos B. Quiroga. *Viento Azul*. Buenos Aires. Editorial Tor. 1937.

Después de numerosos poemas en que el autor quiere dar forma a sus sentimientos románticos, hacia el final del libro figuran otros en que canta a figuras, sucesos y paisajes de su país.

## Carta a Alfredo Maillfert (1)

Al leer tu primer libro, recientemente editado, "Laudanza de Michoacán", he sentido un triple placer: el placer del amigo que goza con el triunfo de los suyos; el del provinciano que goza con saber que su querida tierra cobra encantos que, sin tu libro, hubieran pasado inadvertidos; y el del lector asiduo, que goza con tu prosa lenta que invita a detenerse con voluptuosidad en las palabras y a meditar en ellas.

Leyendo "Laudanza de Michoacán", no puede uno menos que acordarse de Azorín. Creo que si algún día—¡ojalá llegara pronto!—Azorín viniese por estas tierras y quisiera pasear por el Estado de Michoacán, no iría—como no lo hiciste tú—en avión o en automóvil, sino que tomaría el tren, el tren que tardara más horas en llegar, el más lento, el más moroso, aquel que le permitiera extasiarse en la contemplación de ese paisaje nuestro tan parecido al suyo, español. Ya en Morelia, en Pátzcuaro y en Uruapan, tengo la seguridad de que sus ojos diminutos y su mirada inteligente, se pasearían con deleite, "como quien pasa la mano por un terciopelo", por los mismos lugares y los mismos detalles por los que tú pásaste con el recuerdo.

Porque no solamente el estilo es *azoriniano* en tí, sino hasta la selección de los temas: los largos trenes que atraviesan los campos; los pequeños hotelitos del camino, en que, no obstante, siempre está contento el autor, porque cualquier detalle, el silbar ululante y lejano de los trenes que se van y que llegan, el corredorcito del hotel, quieto, silencioso y alegre, el gramófono de discos rayados que se oye, allá, a lo lejos; las casonas siempre pobladas de ricos y sugerentes recuerdos; las melancólicas campanas; los relojes; las viejecitas que a toda hora del día salpican con sus manchas negras las soleadas y quietas callejas de los pueblos; todos estos temas, todos estos admirables pormenores con los que convivimos a diario, y que, precisamente por eso, llaman tan poco la atención a la mayoría de las gentes, se encuentran también en las obras de Azorín.

Pero lo que más inspira nuestra simpatía en tu libro, es ese profundo amor que sientes por todo lo que te rodea, aun por aquello que parece insignificante a primera vista. Tal parece que aun los mínimos detalles de las cosas y de las personas son tus materiales de trabajo, y así, los amas como el escultor debe amar el bloque de piedra, el médico a los enfermos y el músico los ritmos y sonidos. Este amor que sientes por las cosas todas, es el que hace el milagro de que la gota de agua de una destiladora que cae allá, en el segundo patio de las casas de los pueblos, no sea ya un ruido que apenas si se escucha, perdido entre el trajín casero, sino que sea el único ruido que se oye, porque se fijó la atención en él.

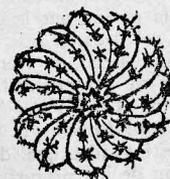
Por eso la provincia, vista a través de tu temperamento, es quieta, es mansa, es acogedora, es dulce. No concibe el que lee tu libro, que en esos mismos pueblos exista la incompreensión y el odio. Este, creo yo, es el gran fondo de tu libro: cuando todo en la vida se toma como material para construir la propia personalidad, nada hay insignificante, todo es trascendental, todo es útil y se acaba por amarlo todo.

Has hecho, pues, un libro de exquisita sensibilidad, escrito en una prosa lenta, pulida, clara—y un libro de gran fondo.

"Laudanza de Michoacán" servirá para destacar más todavía nuestros auténticos valores y, por lo mismo, has hecho obra patriótica también.

Ojalá que la provincia—y no digo solamente la nuestra, porque todas se parecen—compense con creces este maravilloso fervor que has puesto en ella.

Dr. Adolfo ARRÉGUIN.



(1) "Laudanza de Michoacán", por Alfredo Maillfert. Ediciones de la Universidad Nacional de México. 1937.